

El lápiz de Esculapio

Dejar de fumar

Manuel Navarro Seva*

La niña había pasado la noche llorando. Por la mañana temprano no quiso mamar. A eso de las ocho llamé a la enfermera, y más tarde acudió el pediatra.

—No sé lo que le pasa, habrá que hacerle unas pruebas —dijo después de explorarla.

Se la llevaron en brazos. Su madre y yo nos quedamos en la habitación oyendo cómo se apagaba su llanto por el pasillo. Las horas pasaron lentamente. Al cabo vino la enfermera y dijo que el doctor quería verme en su despacho. Eso me inquietó; ¿por qué no venía él a vernos a nosotros?, ¿qué le pasaba a la niña? Mi mujer quería acompañarme, pero aún estaba débil por el parto reciente; se quedó en la cama llorando.

Cuando llegué al despacho, me sequé las manos sudorosas con un pañuelo antes de llamar con los nudillos. Oí la voz del médico pidiéndome que pasara. Entré y cerré la puerta. El corazón me ahogaba. Señor, que no sea nada, por favor, que no sea nada; si no es nada, dejo de fumar.

—Siéntese —dijo, señalando una butaca.

Cuando el pediatra hubo terminado de hablarme, salí de aquella habitación y me dejé caer en un sillón que había en el pasillo. Recuerdo que estuve jugando con el llavero, no sé cuánto tiempo, contando las llaves una y otra vez. Después fui a la cafetería, encendí un cigarrillo y, mientras fumaba, pensé cómo se lo diría a mi mujer.

* Ingeniero y escritor en ratos libres. Madrid (España). Dirección para correspondencia: mdnseva@hotmail.com.